

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

SUS DOS PROBLEMAS: GUERRA Y AMOR

Mientras se batía con el enemigo, el Gral. Villa tenía presente a Betita;
estando ocupada la plaza de Jiménez por el enemigo, llegó hasta la población
sigilosamente, intentando, en vano, llevarse a Austreberta, que había sido escondida
por sus padres en una casa de la que no tuvo noticias el guerrillero

LA FAMILIA RENTERÍA TUVO QUE RADICARSE EN EL PASO

HUYENDO DEL TENAZ AMANTE

Pero hasta territorio norteamericano y en plena guerra con el carrancismo,
llegaron los enviados de Villa, ya no con el propósito de raptar a Austreberta,
sino ofreciendo a sus padres todo el dinero necesario
para aliviar sus penas económicas

AÚN DESPUÉS DE SU RENDICIÓN, EL GENERAL VILLA NO HABÍA PODIDO

AÚN CONQUISTAR A AUSTREBERTA

Y no teniendo ya enfrente los problemas de la guerra, Villa se
convirtió en un "donjuan", haciendo grandes esfuerzos
por hacerse querer de la amada

El convencionismo

CAPÍTULO VI

Desde que se alejó de Jiménez, dejando allí a la mujer que le había ganado el corazón, Francisco Villa se mostraba lleno de inquietud. Por una parte, temía que Austreberta Rentería fuese retenida para siempre por sus padres; por la otra, que su amada fuese víctima de las represalias carrancistas.

El humilde mozo de Río Grande; el indomable serrano duranguense; el magnífico guerrero que fugazmente había tenido a todo México bajo su poder, había sido vencido al fin, por una mujer. Porque Austreberta Rentería llenó, a partir de 1917, todo el resto de los días de su existencia.

“Tú no eres como las otras”, había dicho una y muchas veces Pancho al oído de Betita. Bien comprendía Villa que aquella resistencia que la señorita Rentería había puesto a sus pretensiones y hasta no verse rendida por la superioridad física del macho, no era la de la mujer que después de haber sido atacada quiere sacar ventaja. Comprendía, también, que la violencia empleada para hacerla suya había dejado una honda huella de sufrimiento en aquellos tiernos cuerpo y alma.

Si al día siguiente Austreberta hubiese pedido una recompensa, la joven, quizá se hubiese encontrado frente a un espléndido obsequio, pero así mismo hubiese sido víctima del olvido.

Betita no pidió ni la recompensa económica, ni la amorosa; había sido tan honda su herida, era tal su sufrimiento, se sentía tan avergonzada ante la sociedad, que lo único que quería era que Pancho la olvidase haciéndola volver al lado de sus padres.

Esta actitud noble de una mujer que había sido educada dulcemente para el hogar; que no había tenido más cariño que el de sus padres, debieron haber conmovido el corazón de Villa. Y él, al fin y al cabo, hijo de la sierra, con la astucia del campesino, supo comprender la sinceridad de aquella muchacha, y fue por ello que sintió muy de veras amarla.

UN AUDAZ PLAN

Impaciente, pues, desde que había dejado a Austreberta al lado de sus padres, el general Villa no quería alejar el teatro de la guerra de las cercanías de Jiménez, a donde continuamente enviaba espías y emisarios tratando de ganar la

bondad de Betita, y creyendo que ésta accedería a abandonar nuevamente a sus padres para unirse a él. Pero habiendo fracasado en todos sus intentos, el general concibió y ejecutó uno de sus atrevidos proyectos.

Después de hacer creer a los carrancistas que se había alejado de la región de Jiménez, y mientras que algunos de los grupos que operaban a sus órdenes llamaban la atención al enemigo por el norte de Chihuahua, reunió sus mejores guerrilleros, y llevando como segundo a su fidelísimo coronel Miguel Trillo, llegó hasta las puertas de Jiménez.

Ya a las puertas de la población, hizo que sus hombres buscaran la forma de entrar a Jiménez sin que se dieran cuenta los carrancistas, que siempre estaban sobre las armas, temerosos de una sorpresa.

Seguro de que su empresa sería un éxito, ordenó a Trillo y a seis de sus mejores jinetes que estuvieran listos para la atrevida empresa y, al filo de la noche, hizo que en las patas de los caballos fuesen atados costales de yute, de tal manera que los corceles no hiciesen ruido con sus cascos. Enseguida dispuso que sus hombres, llevando a los caballos de la brida, entraran a Jiménez burlando las avanzadas del enemigo y entraran a la población, mientras que él, con un reducido número de soldados, se quedaba para protegerles la retirada en caso necesario.

FRACASO

Trillo realizó la empresa a las mil maravillas, y los carrancistas no se dieron cuenta de que siete villistas entraban hasta el centro de la población dispuestos a raptar a Austreberta.

Guiado por uno de los espías, el coronel Trillo llegó hasta la puerta de la casa en donde había estado oculta Betita, pero con sorpresa encontró la casa vacía. Como se ha dicho en el capítulo anterior, el señor Rentería, al tener conocimiento que el general Villa se encontraba en las cercanías de Jiménez y temiendo ser asaltado en su propia casa, había ido a buscar refugio con una familia amiga. Desesperado por el fracaso de la expedición, el coronel Trillo llegó a donde era esperado por el general Villa.

Triste y abatido, y no sin antes haber comisionado a dos de sus hombres para que fuesen con una nueva embajada cerca de Austreberta, Pancho tuvo que retirarse de las cercanías de Jiménez para continuar la guerra.

El convencionismo

DE CIUDAD EN CIUDAD

El señor Rentería, por su parte, convencido de que Villa insistiría en su pretensión de arrebatarle a Austreberta, resolvió abandonar la ciudad de Jiménez trasladándose con su familia a Gómez Palacio, Durango. Sin embargo, a Gómez Palacio le siguieron los espías del general, quien bien pronto supo en donde se alojaba su amada.

Pocos meses habían pasado, cuando el señor Rentería recibió a dos desconocidos; eran enviados de Pancho Villa, que venían a reclamar el cumplimiento de la promesa: el general deseaba que la mujer amada fuese a su lado, ofreciendo a cambio de esto, todo lo que pidiera la familia.

No accedió, claro está, el señor Rentería a la demanda de Pancho, y sintiendo que su hija estaba insegura también en Gómez Palacio, resolvió emigrar. Así, poco después, Austreberta y sus padres quedaron establecidos en El Paso, Texas.

Los negocios del señor Rentería, desde el día que su hija fue raptada por el güero Uribe, habían ido de mal en peor. Había visto desaparecer su comercio; después había tenido que ir hipotecando sus propiedades. No le quedaba más capital que su hija; por ella estaba sufriendo penas sin cuento; por ella había tenido que abandonar, primero, su pueblo natal, y más tarde su país; por ella tenía que entregarse en El Paso a los más rudos trabajos. Pero solamente allí, en territorio extranjero, se sentía más aliviado de todo su sufrimiento; allí esperaba que su Betita escaparía para siempre de los brazos de Pancho.

OFERTAS DE DINERO

Mas el general Villa había perdido los estribos de su corazón. No podía conformarse con perder para siempre a su amada, y a El Paso llegaron pronto sus emisarios. Éstos ya no pidieron a Rentería que permitiera a Austreberta unirse al general. Ahora, solamente, por órdenes de su jefe, querían que la familia aceptara la ayuda económica. Mil, cinco, diez o más miles de dólares, estaban a disposición del señor Rentería. El general había tenido conocimiento de sus apuros económicos y estaba dispuesto a acudir desde luego en su ayuda.

Pero el señor Rentería, dignamente, rechazó el dinero. No; su hija no estaba de venta; su hija había sido víctima de una desgracia; que no podía

ser reparada con todo el dinero de Pancho Villa. La familia Rentería seguiría viviendo en la miseria, pero manteniendo en alto su dignidad.

El señor Rentería se había hecho el propósito de permanecer en El Paso hasta que el poderío del general Francisco Villa fuera exterminado definitivamente. ¿Quién iba a creer a mediados de 1918 que sortearía la ofensiva de que era objeto por parte de los carrancistas? Miles de soldados le seguían incansablemente por las llanuras y las montañas chihuahuenses; los mejores jefes militares de Carranza le buscaban día y noche.

Sin embargo, cuando ya se creía que el general había sido exterminado para siempre, los grupos villistas resurgían para lanzarse poco después en audaces tentativas, lo mismo sobre Chihuahua que sobre Ciudad Juárez.

DE NUEVO EN GÓMEZ PALACIO

Viviendo en la penuria, después de haber visto desaparecer todos sus bienes, y creyendo que su hija ya no corría peligro alguno, el señor Rentería resolvió abandonar el territorio norteamericano para trasladarse nuevamente a Gómez Palacio, en donde creía poder vivir tranquilamente.

En los últimos meses de residencia en El Paso, Austreberta ya no había recibido más visitas de los emisarios de Pancho. Éste, con seguridad, había comprendido la inutilidad de sus promesas y lo infructuoso de sus ofrecimientos económicos. Pero no por ello desistía de seguir amándola, ya que sus espías le tenían siempre al corriente de los movimientos de la familia Rentería.

Así, el general supo cuando su amada, acompañada de sus padres, había vuelto a Gómez Palacio, y conoció a tiempo el lugar donde se alojaban los Rentería. Por varios meses se abstuvo de insistir en sus ruegos cerca de Austreberta, lo cual había tranquilizado definitivamente a los padres de la joven, quienes ya entonces no tenían más preocupación que la económica.

LA RENDICIÓN DEL GENERAL

Pero en julio de 1920, la familia sufrió un tremendo choque nervioso al saber la noticia que había conmovido a todo México: el general Francisco Villa se rendía al gobierno del presidente De la Huerta y establecería su residencia en

El convencionismo

la hacienda de Canutillo, a unas cuantas leguas de distancia de Gómez Palacio. Mas, ¿por qué alarmarse tanto por esta noticia, cuando se sentía la seguridad de que el general Villa ignoraba el paradero de Austreberta? A pesar de los temores abrigados en los días que siguieron a la noticia de la rendición de Pancho, la familia Rentería empezó a entrar en confianza, creyendo que, por una parte, el guerrillero ya no insistiría en sus pretensiones después de un largo silencio, y por la otra, que Villa debía ignorar el paradero de Austreberta.

No imaginaban los esposos Rentería que todos sus pasos habían sido seguidos desde su salida de territorio norteamericano; no imaginaban tampoco, que el general sabía precisamente en qué calle y en qué casa se encontraba alojada su amada.

Pronto se habrían de desengañar. Tan pronto así, que apenas habían transcurrido dos o tres semanas de que el general se había rendido, cuando recibieron la visita de un amigo de Villa. No llevaba esta persona instrucción alguna del nuevo hacendado de Canutillo, pero los esposos Rentería supusieron desde luego, que era como una advertencia del general, de que no ignoraba en dónde estaba Betita.

OFERTA DE MATRIMONIO

Días de desesperación pasó la familia Rentería, optando por cambiar su residencia a Torreón, en donde se creía con mayor seguridad. La alarma estaba justificada, ya que, apenas hecho el traslado, el general llegó en automóvil a Gómez Palacio.

No se supo el objeto del viaje de Pancho, pero se supuso que había ido tras de lo que el llamaba más tarde “prenda adorada de mi vida”. Villa pasó muchas veces frente a la casa que había ocupado la familia Rentería, pero sin atreverse a llamar a la puerta, ni a interrogar a sus amigos sobre el paradero de Austreberta.

Quería emplear una táctica distinta a la que había empleado antes. Al efecto, comisionó a una dama de la mejor sociedad de Gómez Palacio, para que hablara con los padres de Betita y les hiciera saber que su único deseo era contrair matrimonio con la mujer que desde hacía varios años había elegido para esposa. Al mismo tiempo, ofrecía a los esposos Rentería que no molestaría a la familia ni a Austreberta, sin antes tener el pleno consentimiento de

los padres de ésta para hacerla la compañera de su vida. La dama comisionada habló con los padres de Austreberta, pero obtuvo la más rotunda negativa. Betita no sería arrancada nuevamente de su hogar, más que por la fuerza.

CONVERTIDO EN DON JUAN

Ante esta negativa, el general desapareció por varias semanas. La familia Rentería volvió a su residencia en Gómez Palacio, ya tranquilizada; pero entonces supo que Pancho llegaba muy a menudo a la población, por la noche; y a pie, como el más enamorado de los galanes, rondaba horas enteras por la casa de Betita, buscando seguramente la oportunidad de comunicarse con ésta.

Tal era la desesperación de Pancho, que en varias ocasiones, y siempre de incógnito, hizo que muchachos boleros o dulceros, llevasen recados a Austreberta, dándole citas a altas horas de la noche. Pero Betita, bajo la severa vigilancia de sus padres, no recibía jamás los recados, aunque una vez escuchó cómo uno de esos mandaderos confiaba a su padre que “un señor alto y grueso” que tenía tipo de militar le había dado una buena propina si llegaba a hablar con la señorita Betita.

EN COMPLETO AISLAMIENTO

Aquella insistencia de Villa, si no impresionaba a los esposos Rentería, en cambio si conmovía a Betita, que, sorprendida de sí misma, se había dado cuenta de que amaba a aquel hombre que desde hacía tantos años le perseguía con tanta insistencia.

Más de una vez estuvo tentada a hablar francamente con sus padres y decirles que sí amaba a Pancho, y pedirles que, si éste tenía buenas intenciones, le permitieran mantener relaciones con él. Pero el temor de causar un grave disgusto a sus padres la detenía. Sabía que sus padres no perdonarían nunca a Villa la forma como éste la había poseído; sabía también que su familia nunca olvidaba que el general había sido la causa de la muerte de su hermano, y entonces se resignaba a perderlo todo y a sufrir en silencio. Cumpliendo los deseos de sus padres, ya no salía a la calle; tampoco recibía la visita de sus amigas. Estaba condenada a un aislamiento completo, y resignadamente, lo aceptaba.

El convencionismo

Pancho, por su parte, gracias a sus numerosos amigos y amigas, estaba al corriente de todo lo que sucedía en la casa de los Rentería, y aunque tenía prohibido salir de Canutillo, burlaba las disposiciones del gobierno para hacer viajes muy a menudo a Gómez Palacio. Ya no rondaba por la casa de Austreberta, pero, en cambio, visitaba a las amigas de ésta, a quienes llenaba de regalos, creyendo encontrar en cada una de ellas una buena aliada en su afán de conquistar a la amada.

UN TRIUNFO

Una de estas amigas de Betita, la señorita Astorga, sirvió a las mil maravillas al general Villa, ya que logró comunicarse con la joven, pudiéndole decir al oído todos los pasos que daba Pancho para poder realizar lo que por tantos años había anhelado.

Austreberta, al recibir el primer recado directo de Villa, experimentó una gran alegría, pero también un hondo pesar. Comprendió que tarde o temprano tendría que contrariar los deseos de sus padres, y le apenaba grandemente tener que alejarse sin el consentimiento que ella hubiera querido.

Por muchos años dudó que algún día llegase a amar a Pancho Villa; pero ahora, después de experimentar la nerviosidad que sufría al no poderse comunicar con él, había llegado a la conclusión de que lo quería, y lo quería tanto así que estaba dispuesta a desobedecer a sus padres, que tantos sacrificios habían hecho para salvarla de los brazos del general.

Y si aquel recado recibido al oído le había causado una gratisima impresión, mayor había de ser la que recibiría días después al leer la primera carta de amor del general Francisco Villa.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 26 de mayo de 1935, año XXII, núm. 103, pp. 1-2.